

## **Cultura de la naturaleza: notas para la historia de nuestra historia ambiental.**

Guillermo Castro H.

El ecocidio en curso en la Amazonía trajo de vuelta a las redes sociales la intervención de Fidel Castro en la Cumbre de la Tierra realizada en Rio de Janeiro en 1992. Allí, contra toda desmemoria, fue advertido sobre el riesgo de extinción que amenazaba a la especie humana debido al despilfarro de recursos, la contaminación y el cambio climático ocasionados por el afán de lucro que dominaba – y domina – las relaciones con la naturaleza en el mercado mundial, se señaló la responsabilidad de las economías de desarrollo capitalista más avanzado en ese problema, y se llamó a no pagar la deuda externa, sino la ecológica.

Aquel planeamiento expresaba la intimidad del vínculo entre la identidad nacional y cultural cubanas en lo que iba de la vida y la obra de José Martí, en la que lo natural y la naturaleza desempeñaron un importante papel, al desarrollo sostenido de la ciencia cubana a partir de 1959. Allí, ese vínculo encontró expresión temprana en el concepto de *cultura de la naturaleza*, promovido por el geógrafo cubano Antonio Núñez Jiménez (1923-1998), quien, entre muchas otras tareas, fundó la Academia de Ciencias de Cuba en 1962, que presidió hasta 1972.

En esa perspectiva, la expresión “cultura de la naturaleza” hace parte del momento en que el desarrollismo latinoamericano de las décadas de 1950 y 1960 debió dar cuenta de los costos ambientales de su proyecto (fallido) de crecimiento económico sostenido, bienestar social creciente y participación democrática cada vez más amplia. Como tal, es un concepto que hace parte de la formación de lo ambiental como objeto de conocimiento a partir de la valoración crítica del impacto de las interacciones entre los sistemas sociales propios del desarrollo dependiente y los sistemas naturales en nuestra América, y de sus consecuencias para nuestras sociedades y su entorno natural.

En su formulación por Núñez Jiménez, la cultura de la naturaleza incorpora tanto el conocimiento del entorno natural, en su estructura y sus procesos funcionales, como en su valor estético e identitario. Lo fundamental de su pensar sobre este campo, recogido en su libro *Hacia una Cultura de la Naturaleza*, (1998)<sup>1</sup>, aportó a la formación del nuevo pensamiento ambiental latinoamericano la propuesta de una cultura sustentada en la comprensión de la unidad orgánica de los vínculos establecidos entre nuestra especie y la biosfera mediante procesos de trabajo socialmente organizados.

Así, la cultura de la naturaleza participó en la tarea de abrir camino a nuestra moderna cultura ambiental, aún en formación, y está contenida en ella. Esto no es poca cosa, pues el campo de la historia ambiental – como todo proceso histórico – constituye “una unidad en el tiempo”, en la cual “el presente contiene todo el pasado y del pasado se realiza en el presente lo que es «esencial»,” mientras lo “perdido”, es decir “lo que no se ha transmitido dialécticamente en el proceso histórico, era de por sí irrelevante, crónica y no historia”

Alto Boquete, Panamá, 3 de septiembre de 2019

---

<sup>1</sup>